

<https://youtu.be/HL5PrBrgru4>

Mi nombre es Lisa K.

Cuando tenía 47 años, un martes por la mañana, mientras cargaba el lavavajillas, me trajeron una guía. No hubo ninguna advertencia, ningún momento dramático. En un segundo.



Estaba enjuagando una taza de café pensando en las reuniones de padres y profesores que tenía esa tarde. Al momento siguiente, sentí un extraño y leve estallido detrás de los ojos. No fue fuerte. Fue suave, como una bombilla que se apaga. El mundo se inclinó. El sonido del agua corriendo se desvaneció como si alguien estuviera bajando lentamente el volumen de mi vida y, entonces, todo se volvió negro antes de ese momento.

Mi vida era completamente maravillosa. Aburridamente normal. Vivo en un pequeño pueblo de Carolina del Norte. Mi marido Brandon y yo llevamos casados 23 años. Tenemos dos hijos. Nuestro hijo, Tyler, está en su primer año de universidad y nuestra hija Katie está en la escuela secundaria.

Trabajaba como ayudante de maestra en la escuela primaria local. Me encantaba. Me encantaba el olor de los crayones y el sonido de las risas de los niños en el pasillo. Mi vida era una simple lista de cosas por hacer: cambiar el aceite de la camioneta, averiguar qué hacer con el grifo que goteaba debajo del fregadero. Ayudar a Katie con su proyecto de historia, rezar antes de la cena y rezar antes de acostarme.

Mi fe era algo tranquilo, como una manta vieja y cómoda. La guardaba en un baúl. Creía en Dios. Creía en Jesús, pero lo sentía distante, como una figura histórica. No respetas a alguien con quien hablas mientras friegas los platos. Yo era solo una persona normal que intentaba ser buena, pagar las facturas y criar a unos hijos decentes.

Nunca pensé que algo así me pudiera pasar a mí. Pensaba que eso era para otras personas, para historias que se ven en Internet, pero sucedió.

En un momento estaba de pie en mi cocina y al siguiente ya no estaba allí. No sentí ningún dolor. Toda la presión que sentía en la cabeza había desaparecido. Me sentía ligera. Estaba flotando. Miré hacia abajo y lo que vi no tenía ningún sentido. Vi mi cocina. Vi las cortinas amarillas de la ventana y la tostada a medio comer en la encimera, y me vi a mí misma. Estaba en el suelo, tumbada junto al lavavajillas, con las manos aún sujetando una taza de café azul.

Era muy extraño. No sentía miedo. Era como ver una película sobre otra persona. Oí un sonido, un grito ahogado. Mi marido Brandon entró corriendo en la habitación. Se arrodilló y empezó a sacudirme, gritando mi nombre. «Lisa. Lisa. Despierta. ¡Dios mío, Lisa!». Podía ver el terror en su rostro.

Quería decirle: «No pasa nada, cariño. Estoy aquí», pero no tenía voz. No tenía cuerpo. Solo estaba allí mirando.

Entonces sentí un tirón, un tirón suave y amoroso, no de mi cuerpo en el suelo, sino de otro lugar. La cocina comenzó a desvanecerse como una fotografía que pierde su color. El sonido de la voz de mi marido se hizo más lejano. No tenía miedo. Sentía como si me llamaran a casa. Me encontré en un lugar sin paredes, sin techo, sin suelo. No estaba oscuro, pero tampoco era luminoso. Era simplemente tranquilo, una paz profunda y silenciosa que nunca había sentido en la Tierra.

Era un silencio lleno de amor. Sentí que por fin podía descansar. Todas las preocupaciones que había tenido sobre el dinero, sobre mis hijos, sobre si era una buena esposa o madre, simplemente se desvanecieron. Ya no importaban. Entonces, delante de mí, vi una luz. Al principio era pequeña, como una estrella lejana, pero fue creciendo y, a medida que crecía, se hacía más cálida. El calor me envolvió como un abrazo de mi propia madre. Era la sensación de estar completamente a salvo, completamente comprendida.

Empecé a moverme hacia ella, o tal vez era ella la que se movía hacia mí. No lo sé. Lo único que sabía era que quería estar en esa luz más de lo que había querido nada en mi vida. A medida que la luz se acercaba, pude ver que no era solo luz. Era una persona, un hombre. Estaba hecho de una luz que estaba viva. Giró y se movió con colores que nunca había visto. Era más brillante que el sol, pero no me dolían los ojos. Podía mirarlo directamente.

No llevaba una túnica blanca ni sandalias como en los cuadros. Era solo luz y amor con forma de hombre. Su rostro, no puedo describirlo perfectamente. Era antiguo y joven al mismo tiempo. Sus ojos contenían todas las estrellas del universo y me miraban directamente, y en esa mirada, me reconoció.

Todos los secretos que había guardado, todos los pensamientos vergonzosos, todas las veces que había sido cruel, todos y cada uno de los errores que había cometido. Él lo vio todo, y no solo lo vio, sino que lo entendió y no me juzgó. Simplemente me amó. El amor que emanaba de él era una fuerza física. Me golpeó como una ola y empecé a llorar. No eran lágrimas de tristeza, sino de alivio.

El alivio de estar en casa. No tuve que preguntar quién era. Sabía que mi alma sabía que era Jesús. Su voz no era algo que escuchaba con los oídos. Era un sentimiento que florecía dentro de mi pecho. Un pensamiento más claro que cualquier palabra pronunciada.

«Bienvenida, Lisa», dijo con una voz que era como el sonido de mil cascadas y un susurro tranquilo al mismo tiempo. «Estás en casa, descansa en paz».

Sentí como si cada pedazo roto de mí se estuviera recomponiendo. Nos quedamos allí de pie durante mucho tiempo y él me dejó empaparme de su paz. Me pareció una eternidad y un segundo al mismo tiempo. Entonces me miró con tanta ternura que supe que íbamos a hablar de mi vida. Sentí un destello de mi antiguo miedo terrenal, una prueba, un juicio. Me preparé, pero no fue lo que esperaba. No sacó un pergamino ni un gran libro con una lista de mis pecados. Simplemente miró dentro de mi corazón.

Dijo: «Tengo tres preguntas para ti, pequeña. Son las preguntas que le hago a todo el mundo». Recuerdo que pensé: «Qué terrorífico». No porque él diera miedo. Era todo lo contrario, pero porque sabía que las respuestas vendrían de lo más profundo de mi alma y

no podría ocultar nada.

Se inclinó hacia mí y la luz se volvió más cálida. La primera pregunta que me hizo con delicadeza fue esta: «¿Me dejaste amarte?».

Hice una pausa. La pregunta me confundió. Pensé que iba a ser: «¿Me has amado?».

Empecé a responder como lo haría en la Tierra. Lo intenté, Señor. Fui a la iglesia. Recé. Leí la Biblia.

A veces levantaba una mano y la luz que emanaba de ella me silenciaba. «Así es como intentaste amarme. Te pregunto: ¿me dejaste amarte?», y entonces me lo mostró. No era como ver una película. Era como revivir los sentimientos. Me vi a mí misma de rodillas rezando, pero con el corazón cerrado. Le decía a Dios lo que necesitaba, lo que me preocupaba, lo que lamentaba, pero nunca me detuve a dejar entrar su amor.

Me mostró un momento de hacía solo unas semanas. Había cometido un error en el trabajo, uno pequeño, pero me sentí muy estúpida. Pasé toda la noche castigándome, sintiendo el peso de la vergüenza, y él me mostró que estaba allí conmigo, derramando su amor sobre mí como un cálido río dorado. Pero yo estaba tan ocupada sintiéndome avergonzada, tan centrada en mi propio fracaso, que había construido una pequeña presa dentro de mi corazón. No dejaba que su amor entrara para sanar ese lugar roto. No me sentía digna de ello.

Vi tantos momentos como ese, momentos en los que estaba demasiado ocupada, demasiado distraída, demasiado culpable o demasiado orgullosa para simplemente estar quieta y recibir el amor que siempre, siempre se me ofrecía. Intentaba ganarme un amor que ya era mío de forma gratuita. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Lo miré y finalmente comprendí que no se trataba de ser lo suficientemente buena. Se trataba de ser lo suficientemente abierta. «No», susurré. «No lo hice, en realidad no. No sabía cómo». Su sonrisa era pura gracia. Es lo más difícil y lo más sencillo de hacer. Dijo que solo había que dejarse amar. Luego me miró de nuevo.

Su mirada se volvió aún más profunda. La segunda pregunta, dijo, con la voz un poco más seria ahora. «¿Me viste a mí y a las personas que te envié de nuevo?». Quería dar la respuesta de la iglesia. «Intenté ser amable. Señor. Fui voluntaria en la colecta de alimentos. Fui amable con mis vecinos».

Esta vez no me detuvo, pero me mostró la verdad detrás de mis palabras. Me mostró un día del invierno pasado. Estaba en la tienda de comestibles y había un hombre fuera pidiendo dinero. Estaba sucio y olía mal. Recuerdo haber sentido una mezcla de lástima y molestia. Dejé caer un dólar en su taza, pero evité mirarle a los ojos. Solo quería alejarme.

Pero entonces Jesús me volvió a mostrar a ese hombre. Esta vez me dejó ver lo que él veía. Me mostró la pequeña chispa de luz dentro del pecho de ese hombre, una diminuta llama divina que parpadeaba dentro de él, igual que dentro de mí. Me mostró el dolor del hombre, su soledad. Me mostró que detrás de la suciedad y el olor había un hijo de Dios que sufría, y en ese momento vi el rostro de Jesús en el rostro del hombre. Había pasado junto a él sin verlo.

Me mostró a mi compañera de trabajo que cotilleaba todo el tiempo. Vi cómo yo le sonreía educadamente, pero en secreto la juzgaba. Me mostró que sus cotilleos provenían de una profunda y dolorosa soledad. Él también estaba en ella pidiendo compasión.

Me mostró a mi propio Brandon. Una noche, él intentaba contarme un problema que tenía en el trabajo. Yo solo le escuchaba a medias, mirando mi teléfono y pensando en mi lista de tareas pendientes. Vi la expresión de su rostro cuando se dio cuenta de que yo no estaba realmente allí con él. Jesús estaba en la súplica de mi marido por conectar conmigo y yo no lo había visto. Vi escena tras escena: la cajera grosera de la tienda, el padre difícil del colegio. Incluso a mi propia hija, Katie, cuando estaba pasando por una crisis adolescente.

En cada persona que me resultaba difícil, incómoda o invisible, él estaba allí mirándome, pidiendo que lo viera. Esta vez empecé a sollozar. Era un llanto profundo y triste. «No te vi», le dije. «Vi sus defectos. Vi mi propio juicio. No te busqué. Lo siento mucho».

Su amor inundó mi dolor. No borró la verdad, pero la cubrió con misericordia, mi azulejo. Él dijo: «El mundo entero está lleno de mí, escondido a plena vista. Tu única tarea es mirar con los ojos de tu corazón». Me tomé un momento. Sentí el peso de esa verdad. Lo cambió todo.

Finalmente, lo miré, lista para la última pregunta. Sus ojos estaban llenos de una profunda tristeza y un amor aún más profundo. «Y la tercera pregunta, Lisa», dijo, con una voz ahora suave como un susurro. «¿Qué hiciste con las heridas?».

Admití que al principio no entendí a qué se refería con mis heridas. Pensé en las cicatrices de mi rodilla, de cuando me caí de la bicicleta de niña, pero sabía que no era eso a lo que se refería. Me mostró la herida más profunda de mi vida. Cuando tenía 19 años, mi padre murió de un ataque al corazón. Fue tan repentino como mi propia muerte. Me destrozó durante años. Llevaba ese dolor como una piedra pesada y afilada en el bolsillo. Nunca hablaba de ello. Construí un muro alrededor de esa parte de mi corazón para que nadie pudiera tocarla. Pensaba que eso era ser fuerte.

Jesús me mostró esa herida, esa piedra oscura y pesada en mi alma. Pero luego me mostró algo más. Me mostró a una joven con la que trabajé el año pasado. A su padre le acababan de diagnosticar cáncer. Recuerdo que me lo contó. Sus ojos se llenaron de miedo. Le dije: «Lo siento», y le di una palmadita en el brazo, pero no dije nada más. No le dije que la entendía. No compartí mi propia historia. No le ofrecí la sabiduría que mi propio dolor me había enseñado. Jesús me mostró mi piedra, mi herida.

Luego me mostró que mi dolor estaba destinado a ser un puente. Era un regalo que podría haber utilizado para cruzar al corazón de ella y consolarla de una manera que nadie más podía, pero lo guardé para mí. Protegí mi herida en lugar de compartirla. Él me mostró que nuestros dolores más profundos no son castigos. Son tareas. Son las herramientas que nos da para sanar a los demás.

La soledad que sientes está destinada a ayudarte a consolar a otra persona que se siente sola. El fracaso que experimentaste está destinado a darte la humildad necesaria para levantar a otra persona que ha fracasado. El dolor que te rompió el corazón es precisamente lo que puede hacer que tu corazón sea lo suficientemente grande como para contener el dolor de otra persona.

Lo vi con tanta claridad durante toda mi vida. Había estado tratando de ocultar mis heridas. Pensaba que me hacían débil. Jesús me mostró que estaban destinadas a ser mi mayor fortaleza. Por un segundo, me quedé sin palabras. Solo lloré. Había fallado en las tres preguntas. No le dejé que me amara. No le vi en los demás y desperdicié el poder de mi propio dolor. Me sentí como un completo fracaso.

Lo miré esperando ver decepción, pero no había ninguna. Solo había amor, un amor tan profundo y tan amplio que podía contener todos mis fracasos y seguir llamándome «hermosa Lisa». Me dijo, mientras me abrazaba con una luz pura: «Esto no es un juicio. Es un despertar. Esta es la lección de la vida. No se trata de ser perfecto. Se trata de aprender a amar».

«Sabes que quería quedarme allí para siempre», le supliqué. Lloré en su luz. «No me hagas volver. Quiero quedarme contigo. Estoy muy cansada». Me abrazó y sentí como si fuera el primer descanso verdadero que había tenido nunca. «Lo sé, pequeña, pero tu trabajo no ha terminado. Tu familia te necesita. Necesitan aprender cómo es el amor. Tú lo has visto. Ahora ve y enséñales. Ve y vive las respuestas a estas preguntas».

Sentí la angustia de dejarlo. Fue la tristeza más profunda que jamás había sentido. Me sentía demasiado bien como para irme, pero sabía que tenía que hacerlo. Me sonrió por última vez, con los ojos diciendo: «Estaré contigo».

Y entonces volví a sentir esa fuerza que me empujaba. Pero esta vez era hacia atrás, alejándome de la luz. La paz comenzó a desvanecerse y los ruidos del mundo empezaron a volver con fuerza. Jadeé. Lo primero que sentí fue un dolor terrible en la cabeza y el pecho. La luz era cegadora. Era la luz fluorescente de una habitación de hospital. Una máquina a mi lado pitaba frenéticamente. Una mujer con bata gritaba: «Tenemos pulso. Ha vuelto. Ha vuelto».

Mi marido estaba allí. Tenía la cara escondida entre las manos y lloraba. Levantó la vista cuando oyó a la enfermera, con los ojos muy abiertos, incrédulo. Se acercó corriendo y me cogió la mano. «Lisa, ¿me oyes?». Intenté hablar, pero tenía la garganta seca. Solo asentí con la cabeza. Estaba muy confundida. En un momento estaba con Jesús y al siguiente estaba en esa habitación fría y ruidosa. Empecé a llorar. Pero esta vez las lágrimas eran diferentes. Eran lágrimas por la pérdida del lugar que acababa de dejar y lágrimas de gratitud abrumadora por una segunda oportunidad. Los médicos no podían explicarlo. Le dijeron a Brandon que había tenido un aneurisma cerebral masivo. Dijeron que había estado clínicamente muerta durante al menos 11 minutos.

Se preparaban para decirle a mi familia que había fallecido. Dijeron que no había ninguna razón médica por la que debiera estar viva, y mucho menos sin daño cerebral. No paraban de usar la palabra «milagro», pero yo sabía lo que era. Era un regalo. Ha pasado un año desde ese día. Mi vida parece prácticamente igual por fuera. Sigo viviendo en la misma casa. Sigo trabajando en la misma escuela, pero por dentro, todo es diferente.

Volví con un mensaje. Es un mensaje para ti. Son las tres preguntas que él me hizo.

1. Él quiere que te pregunte primero: ¿estás dejando que él te ame en este momento, sin

importar lo que hayas hecho, sin importar lo poco que sientas que su amor es un río que se derrama sobre ti? ¿Vas a seguir construyendo presas o vas a dejarlo entrar?

2. Segundo. ¿Dónde se esconde él en tu vida? En el rostro de la persona que más te molesta, en el grito de ayuda de un amigo, en los ojos de un desconocido en la calle. ¿Estás dispuesta a buscarlo? Él está ahí. Te prometo que está ahí.

3. Y por último, ¿qué hay de tu herida más profunda? ¿El dolor que ocultas a todos los demás, lo que te destrozó? ¿Vas a seguir protegiéndolo como un tesoro o vas a dejar que Dios lo convierta en medicina para un mundo herido?

Estas preguntas parecen aterradoras al principio, pero ahora me doy cuenta de que son una hoja de ruta. Una hoja de ruta que nos lleva de vuelta al corazón de Dios. El cielo es real y el amor que te espera allí es más hermoso de lo que puedas imaginar, pero no tienes que esperar hasta morir para experimentarlo. Él te está pidiendo que vivas en ese amor hoy mismo. No está esperando para juzgarte. Está esperando para amarte. Por favor, déjale entrar.